

buenos amigos como antes, ya que siempre os habéis estimado y querido.

¡Ah, desvergonzado! Había pasado ya el paseo Humberto y no había hablado todavía. Mi amigo debía bajar en la plaza Carlo Felice; no me quedaban sino tres minutos, me despreciaba á mí mismo, y sin embargo, comprendía que no iba á hablar. Ved de lo que puede depender hacer ó no una buena acción. Cuando estuvimos cercanos á la plaza, la orquesta al aire libre del café Mogna tocaba un motivo de la sinfonía de las *Vísperas*, aquel motivo largo y suave que fué uno de los primeros que aprendí de muchacho, que siempre me recuerda mil cosas de la infancia, la primera conmoción del teatro, sin madre, joven, apoyado en el antepecho, la escena vista en sueños, una mezcla de imágenes alegres y tristes, confusas y lejanas, como si fueran de otra. ¡Oh, bendita música, noble amiga, misteriosa y benéfica, inspiradora de bondad y de cariño!

—Niña, saluda á tu padre de mi parte...

El *sí* vivo y suave con que me contestó parecióme nota de aquella música.

CAPITULO X

*Octubre.*

En Octubre encuentro entre mis apuntes un revisor colosal, que es uno de los más hermosos tipos que he visto durante todo el año. Toca con la cabeza el techo del carruaje, con los hombros tapa enteramente la puerta y hiere el rostro de los pasajeros con las puntas de unos bigotazos enormes que parecen dos SS, de un cartel de techo. Fué carabinero, y lo es todavía; sólo ha cambiado de traje: presta su nuevo servicio con iguales modales y con el mismo lenguaje que usaba en el antiguo. Tiene un aspecto terriblemente severo. Cuando se planta enfrente de un pasajero, parece que quiere invitarle á «declinar las de la Ley», y examina el billete como un pasaporte, y se lo devuelve mirándole fijamente el rostro, como si dijera para sí:

—Este tiene el aire sospechoso.

No habla ni sonríe con nadie. No le he oído pronunciar sino dos palabras que formaban una frase propia de un carabinero.

Dijo bruscamente á uno que estaba de pie en el estribo:

—¡Está prohibido!

Sospecho que lleve en el bolsillo su par de esposas.

Ciertamente, todas sus ideas sociales y políticas están en armonía con su sér visible. Y pienso, mirándolo, en el gran número de ciudadanos que de su profesión, ó estado ú oficio, quedan modelados moralmente como aquellos niños que se hacían crecer artificialmente, ó poco menos, en otras épocas, para dedicarles á repugnantes oficios, y viendo con la fantasía las innumerables fábricas de espíritus conservadores que la sociedad pone en movimiento, me digo que han de trabajar mucho y bien las fábricas rivales, para hacer la competencia á una producción tan vasta, que tiene tantos privilegios, y que está tan bien pertrechada.

Apareció á mis ojos por primera vez este revisor Goliath, en la línea de Vanchiglia, una vez que habiéndole hecho esperar un rato el billete que no encontraba, me lo devolvió después de un serio exámen, fijándome una mirada profunda que parecía decirme:

—«¡No te perderé de vista!»

En tanto que se volvía, le vi detrás de la oreja una cicatriz: quizá era una cuchillada de algún criminal rebelde. Cuando bajó quedó todavía un momento firme é incommovible como una pilastra en mitad de la calle, mirando con ojos desconfiados el tranvía que se alejaba, como en otros tiempos hubiese mirado un coche celular poco seguro...

\*  
\* \*

Después de aquel espantajo, no vi sino gente contenta. Octubre se presentaba bien. Vi primero á mi buen Giors en la línea de Vinzaglio, alegre y fresco como la mañana. Le pregunté en seguida por su mujer.

—¡Curada! curada del todo, de pie, trabajadora como siempre y los arrapiezos sanos también, tres sacos sin fondo, una ruina cotidiana.

Y sonriendo, añadió en un italiano especial suyo, una frase proverbial que le había oído ya otras veces:

—Todo va bien, hasta la gran miseria.

Y probó de silbar el aire de la *Carmen*, sin conseguirlo.

Luego me dió noticias de la «vieja», y como no comprendiese á quien quería aludir:

—¿No se acuerda? La viejecita de Pozzo de Strada, aquella del soldado de Africa que se puso

á llorar al ver el dibujo de la batalla. Está loca de alegría, ¡pobre vieja!

Había subido al tranvía aquella mañana. Tenía otra cara; parecía resucitada; su hijo estaba vivo; le habían mandado del ministerio de la Guerra, por el comandante del distrito, una cartita arrugada con cuatro palabras del muchacho prisionero, una hoja llegada de allá abajo «de ca de diau» (del diablo), en un gran paquete, con muchas otras cartas que había recogido y enviado aquel sacerdote que mandó el Papa. Parecía fuera de sí, como si hubiera levantado el codo, tan feliz, que ensanchaba el corazón ver su alegría. Llevaba la carta en el seno, en un portamonedas de piel, se la había enseñado y la enseñaba á todo el mundo.

—Ha llegado ya la carta; ¿pero cuándo vendrá el hijo? ¿Quién lo sabe? ¿Cuándo harán la paz? ¿Sabe usted algo de ello?

—Yo no leo los diarios, porque me escuecen los ojos mirando esas palabritas tan pequeñas...

Y soltó una carcajada.

Había en el primer banco un vendedor de ostras con el gorro colorado y la canasta sobre las rodillas. Giors empezó á bromear con él.

—Eso es algo para abrir el apetito. ¿No es verdad? ¿No corre ya bastante apetito por el mundo para aguzarlo todavía más con esas diabluras? ¿Qué gusto tendrán esas bestezuelas sin cabeza?

Afirmó que no las había probado en su vida, y que aquella mañana sentía un maldito gustito de trabar conocimiento con ellas.

Y diciendo esto, se volvía para mirar el canasto con una expresión tan cómica de curiosidad y desconfianza, que el ostrero, riendo, tomó una ostra, la abrió y se la alargó.

Sorbióla Giors, y guardándola en la boca como para meditar el sabor, preguntó cuánto valía.

—Ocho céntimos—contestó el otro.

—¡Demonio!—exclamó él,—¿y tiene valor de hacer pagar tanto un pececillo, una cosa parecida?

Todos los pasajeros rieron, y aquella risa le excitó. Dijo que aquella agua amarga verdaderamente despertaba el apetito, y que aquella mañana padecería mucho más esperando la hora de la comida. Nos contó que el día anterior, en el momento de partir desde afuera de la barrera para la ciudad, había subido una hermosa muchacha que llevaba escondida una pequeña cesta debajo del delantal. Púsose él á bromear con ella y á preguntarle qué era aquello que escondía con tanto afán; pero ella, en lugar de reirse, se puso muy seria y le dijo al oído:

—¡Cállese que son melocotones!

¡Eran melocotones de Rívoli! Aquí soltó Giors una gran carcajada. Naturalmente, se había llamado para no hacerle traición. Y cuando el tranvía estuvo dentro de la ciudad, la muchacha le había dado un melocotón un poco picado, fresco y de un olor exquisito, que había añadido con gran placer á su colación. ¡Qué fruta tan deliciosa! Nunca, desde que estaba en el mundo, había tragado un bocado tan exquisito, que le dejó en la boca un sabor perfumado que le parecía estar gustando aún.

Y siguió durante un buen trecho cantando las exquisiteces de la fruta, sin exagerar nunca la nota, con la discreción casi instintiva de un hombre sano de nervios y de espíritu, esparciendo en torno la alegría de su buen apetito y de su buen corazón, y sonriendo con sus blancos dientes el aire fresco de Octubre que acariciaba el rostro de aquel buen hombre.

Encontré otro sér feliz en la línea de Vanchiglia. Bastó su aire, que había cambiado por completo. Era el pobre cobrador á quien hirieron de un garrotazo y que había quedado enfermo de terror crónico. Al ver su rostro pensé que hubiese arreglado el asunto de aquella querella y se lo pregunté. Pasó por su frente como una sombra.

—No, todavía no.

La razón de su contento era otra, y contándomela volvió á iluminarse su rostro. Tres días antes, llegando con el coche vacío á la barrera de Casale, encontró debajo de un banco una cartera de piel envuelta en un trozo de periódico, se la metió en el bolsillo sin abrirla, y conforme manda el reglamento, la entregó al revisor para que la llevase á la Dirección. Volviendo hacia la barrera, llegado á la plaza de Víctor Manuel, vé correr á su encuentro, con el rostro descompuesto, á un señor gordo, que salta sobre la plataforma y le preguntó con voz de moribundo:

—¿Habéis encontrado...?

\*  
\* \*

Y al oír que le contestaba:

—Sí, la he encontrado...

Se dejó caer de golpe sobre un banco, con los brazos abiertos, los ojos en alto y respirando anhelosamente.

Acto final:

Comparecencia del señor á la Dirección, interrogatorio y recuento; restitución de la cartera, dando por cierto, según la costumbre, cien pesetas al cobrador.

—Cien pesetas, ¿comprende? un billete colorado, nuevo, flamante; con dos ojos de liebre, que parecía estampado aquel mismo día. ¡Bendito Dios, cuán á tiempo han venido!

Después de aquella desgracia que le había tenido tres meses á media paga, no había conseguido rehacerse; la familia pasaba una vida angustiosa; debían medir el pan para pagar sus deudas, y no sabían cómo salir de aquel purgatorio. Y de repente, dijo:

—¡No se puede negar que hay un Dios!

Resplandecía tal contento sobre su rostro pálido y habitualmente marcado con el sello del espanto, que daba piedad; causaba compasión el pensar que cien pesetas puedan operar tal revolución en el alma de un hombre que hasta le haga olvidar el terror de ser asesinado. Hablaba de su fortuna para saborearla mejor. Ya se sabe que en todas las líneas casi cada día se encuentra alguna cosa: pañuelos, llaves, cajetillas de cigarrros, cartas amorosas; pero en cuanto á portamonedas, el caso es muy raro. ¡Y sin embargo, debía acaecerle al hijo de su madre! Me describió la escena de la noche cuando volviendo á su casa, había desplegado el billete como una bandera ante los ojos de su mujer y sobre la cabeza de los niños adormecidos. La pobre mujer se había

echado á llorar y los muchachos se despertaron y empezaron todos á reír y á cantar de contento.

—Pues más alegría habrá todavía en vuestra casa—le dije,—cuando cobréis las mil pesetas de indemnización que pide la Compañía.

Aquellas palabras le entristecieron, y pareció sentir de nuevo el miedo acostumbrado.

—No—contestó en voz baja,—prefiero no cobrarlas.

Y quedó un poco pensativo. Luego añadió humildemente:

—No hago mal á nadie, ni lo deseo para nadie; no creo, pues, que nadie desee mi mal. ¿Qué sacarían de hacerlo?

Luego, después de una pausa, mirando en torno, dijo con una inquietud que me causó pena:

—¡Cómo se acortan los días!

Pobre hombre, no estaba curado todavía.

\*  
\* \*

La tercera persona contenta que advertí, fué un personaje nuevo, un viejo cura que vi salir de la estación de Porta Susa, con la maleta y el paraguas, y subir en el tranvía cerrado de la lí-

nea de Casale. Del modo cómo miró la plaza, cómo leyó el letrero del carruaje antes de subir, observando todo con una sonrisa de curiosidad y de asombro, imaginé que no hubiese estado nunca en Turín, ó por lo menos que hacía muchos años que no le veía. Tenía el aspecto de un cura de aldea, el rostro colorado, los ojos muy claros, una expresión ingénuo y amable, casi infantil. Entró como si entrara en casa de un amigo, sonriendo á todos, como en ademán de dar gracias por la buena acogida, y apenas sentado, me preguntó si el tranvía pasaba por la plaza Víctor Manuel.

El tono en que le contesté le hizo trabar en seguida conversación familiarmente. Desde treinta años antes no había estado en Turín, y aquel era el primer tranvía que subía en su vida. Había oído hablar de ellos, pero no podía imaginarlos tal como eran. Se volvía para observar al cobrador y al cochero, las banquetas, los vidrios de colores, los anuncios y los otros tranvías que pasaban, como si fuese un muchacho. Me recordó á otro sacerdote que años antes en el puente del Pó había manifestado igual asombro al ver el «Angel Broferio», que era el primer barco de vapor que hubiese visto.

—¡Mire! ¡Mire! ¿Y pára cuando quiere, verdad? ¿Y cada calle tiene el suyo? ¿Y va así por todas partes, sobre los carriles, como un tren?

Cuando el tranvía se ponía en marcha, daba señales de una viva satisfacción.

—¡Tiene buen movimiento... sin sacudidas... corre mucho... es una gran cosa, verdaderamente una gran cosa. Ahora dicen que se irá en el eléctrico... será maravilloso... son cosas que dá gusto verlas!

Y sonreía en torno, mirando á los pasajeros, como si fuesen compañeros de un largo viaje, desconocidos todavía, pero con los cuales debiese trabar conocimiento muy pronto; dió las gracias al cobrador cuando le dió el billete; admiró durante unos momentos el mecanismo de la campanilla, y cuando me levanté para bajar en la plaza Solferino, se levantó él también, haciéndome un signo con la cabeza, como un conocido y volvió á sentarse visiblemente contento de no tener que bajar todavía y de poder estar aún un rato entre aquella «distinguida concurrencia» que se burlaba de la sonrisa amable con que él respondía á su sonrisa burlesca, creyéndola un signo habitual de la exquisita cortesía ciudadana.

\*  
\* \*

Pero también la «distinguida concurrencia» daba motivos para que se riera de ella. Encuentro entre mis notas este nombre: «Galileo Ferraris». Recuerdo un trayecto hecho con él, durante un trozo del camino Margarita. Los periódicos habían publicado aquellos días la propuesta hecha por la Sociedad al Municipio, para la instalación

del tranvía eléctrico, y entre los pasajeros se oían sabrosas conversaciones acerca de tal tema. De fijo que hubiesen sido más prudentes las dos elegantes tenderas ó modistas que hablaron durante cinco minutos, si hubiesen sabido que aquel guapo señor moreno y pálido, de dulce sonrisa y ojos medio entornados, que estaba un poco inclinado para escuchar su conversación sin hacerse notar, era un electricista de fama universal. La más joven, con su sombrerito coronado de magnolias, juraba que jamás pondría los pies sobre un tranvía eléctrico, é interrogada por la otra, que quería saber el por qué.

—¿Que por qué? ¿Y si se rompe el hilo? ¡Todo va por el aire!

Pero la amiga no se asustaba de aquel riesgo: era otro el peligro: había oído decir que si por casualidad, subiendo ó bajando, se tocaba á la cajita donde están «guardadas las chispas», se recibía una sacudida que le tiraba á uno al suelo como si hubiese recibido un pistoletazo. ¡Cuánto debía divertirse el buen Ferraris, alisando la negra barba con su pequeña mano femenina! Pero no era esa la cosa más graciosa que hubiese oído durante aquellos días. La noche anterior, en la línea de Martinetto, había oído á un viejo que hacía los más negros augurios sobre aquellos hilos que estaban á punto de tenderse al lado de que ya corrían entre casa y casa, los cuales, saturando la atmósfera de electricidad, eran la causa de tantos trastornos nerviosos, de tantas enfermedades mentales, de la extravagancia de ideas y de la audacia loca de los partidos extremos por los cuales el mundo se estaba convirtiendo en un infierno. No podía darse cosa más extraña que oír en la ciudad más culta de Italia, acerca de las maravillas de la ciencia, fuerza y gloria de una

civilización que á todos alienta, los mismos ó parecidos despropósitos que podrían oírse á orillas del Victoria Nyeuze, ó entre las selvas del gran Checo.

—Bah—concluyó la modista más joven,—no saben ya qué inventar para quitarnos la vida.

—¡Magnífico!—dijo Ferraris.

Aquella se volvió, y al ver aquel señor moreno que pareciendo más inteligente que ella daba á entender que compartía su juicio, le dirigió una sonrisa de simpatía y gratitud.

\*  
\* \*

Encuentro entre mis notas sobre los «fenómenos de electricidad erótica» que voy á transcribir. ¿Es la proximidad que se siente en el aire de que va á acabar la expansión del sentimiento, es el pensamiento de que este es el último mes de las jardineras, tan propicias para observar el bello sexo, por lo cual se nota en los ojos de los eróticos una intensidad de mirada, una fijeza de contemplación, una languidez voluptuosa más viva que en los días de los grandes calores? Curiosísimo es el tipo que pude observar esta ma-

ñana en la línea de Madonna Cristina: un caballero correctamente vestido, con lentes de oro y una barba de sultán, pálido y serio como un Hamlet maduro; que estando de pie en el fondo de la jardinera con un hombro apoyado á la columna, que á cada señora que bajaba y subía por aquella parte adelantaba el busto y la cabeza como para saber de qué zapatería provenía su calzado; pero su movimiento era apenas perceptible y únicamente lo advertía yo porque se lo veía preparar con un movimiento del pie sobre que debía apoyarse cada vez que por aquel lado de calle sonaba un *alto* femenino.

Aquel acto repetido de curiosidad sexual, infantilmente disimulada, formaba un contraste altamente cómico con la gravedad casi trágica de su rostro barbudo, más cómico todavía al imaginar que sin un rayo del sentimiento que experimentaba, lucía en sus ojos grises y mudos como si fuesen de cristal. ¡Ah, si fuese posible penetrar con la mente á través de tantos rostros graves, fríos, inocentes ó indiferentes en apariencia, qué monstruoso entrecruce de pensamientos y propósitos, bien diversos de lo que las máscaras dejan suponer, podría descubrirse!

Veo un rostro acentuado. Es el de la «virgen muerta», que subió en el paseo Valentino, por lo cual los lentes de oro se lanzaron hacia adelante, como para las otras; un rostro tan blanco, tan puro, tan virgíneo, que hubiese hecho jurar que no podía nacer ni la sombra de un pensamiento malo detrás de aquella frente, y que no hubiese podido ruborizarse, si hubiese sabido que la mirada de aquellos lentes veía á través de sus ropas su desnudez. Como de costumbre, se volvieron todos para mirarla, pero tampoco su rostro de mármol, cándido, dejó temblar un músculo

lo, lucir una mirada. Sin embargo, cuando estuvo sentada, cosa insólita, volvió la cabeza á diestra y siniestra, con rápido movimiento, como si buscara por la calle alguien de quien sospechara haber sido seguida...

\*  
\* \* \*

Hice acerca de los eróticos algunos días después esta otra observación: que se pueden inscribir entre los de su familia casi todos los barrigudos, los cuales, no obstante el peso de los años y de la barriga, que debería hacerles prudentes, se exponen á cada momento á ir á la cama por cuarenta días, subiendo al tranvía mientras corre. La mayor parte, en efecto, suben por las mujeres. ¡Eh! ¡Eh! ¡Tengo cincuenta años y ved qué ligereza! Es divertido estudiar aquellos extraños campeones. Por parte de algunos, que las realizan con desenvoltura, la proeza hace efecto, pero para muchos otros pierde toda virtud de seducción por la mirada ansiosa que fijan en el punto de mira, por los movimientos descompuestos de la sacudida, por el espanto que expresa su rostro, por el peligro corrido y por lo

que tardan, una vez sentados, en dar equilibrio estable á su persona, soplando como focas; esto cuando no caen de cualquier modo sobre el banco, agarrándose al momento como á una cuerda de salvamento, con el sombrero derribado á un lado y la peluca descompuesta por otro. ¡Ah, viejos pecadores impenitentes y temerarios! Pero si en el tranvía no hay mujeres, no hay cuidado de que suban sin parar. Se alaban noblemente entre ellos, y están celosos del salto más ligero de los jóvenes. Vi uno de esos actos en la línea de la calle Cernaia. Uno de estos viejos acróbatas galantes con panamá y chaleco blanco, que parecía teñido con tinta china, había hecho su prueba en la plaza de San Martín. Poco después, en tanto que el tranvía corría á todo correr, un joven delgado y rubio, muy bien vestido, saltó á su vez; pero desde tres pasos lejos y sin agarrarse á los montantes; fué un verdadero salto de maestro. Aquello no era sino la primera prueba. Pasado el paseo Siccardi saltó, corrió á un banco, tomó un periódico, atrapó al vuelo el tranvía y saltó como la primera vez. Las señoras se volvieron á mirarlo. En el cruce de la calle de Santa Teresa, saltó de nuevo, corrió hacia un buzón de cartas, echó dentro una tarjeta, y después una corridita, un salto y hele otra vez de pie sobre la plataforma. Se levantó un murmullo de asombro. Las señoras estaban admiradas; nunca se había visto una cosa igual. Pero el hombre del panamá, celoso, rompió el encanto. Se inclinó un poco hacia la señora que ocupaba el primer banco y le dijo á media voz:

—Es Tony, de la compañía ecuestre del Balbo, aquel que salta ocho caballos.

Luego añadió, encogiéndose de hombros:

—¡Vaya una gracia! ¡Es su profesión!



Dijo esto, y después de haber balanceado un poco el pie fuera del estribo, se dejó caer al arroyo, con elegante descuido, ya vengado.

\*  
\* \*

Uno que no salta nunca es el caballero Bicchierino. Le vi subir al día siguiente á la jardinera de la calle Garibaldi, mientras estaba yo en la plataforma trasera con el latonero, que vestía un traje de trabajo y llevaba un largo trozo de cañería de gas arrollado, bajo el brazo. Circunspicuo y cuidadoso en todo, hizo parar levantando y bajando tres veces el bastón como un tambor mayor, y no subió hasta haber visto que los caballos estaban parados del todo, y no se sentó en el último banco sino después de limpiarle cuidadosamente con su pañuelo. Después, para arreglarse un poco la ropa descompuesta por la subida, movió la cabeza y los hombros á uno y otro lado, como hace la gallina para arreglarse las plumas, y cumplida aquella operación, no se movió más.

Quería el destino que no pudiese nunca conquistar por entero su corazón. El latonero con su seriedad y lentitud acostumbradas de pensa-

dor, había arreglado un discurso acerca de las nuevas funciones de los Municipios en Inglaterra, de lo cual se ocupaba desde hacía algún tiempo en las horas robadas al sueño, con la diligencia que le era propia, recortando noticias de los periódicos y transcribiendo períodos de revistas en su gran *vademecum* de conferenciante. Interrumpióse un instante para presenciar la operación de sentarse aquel caballero desconocido, y añadió después:

—Cuando lo decimos nosotros, parecen cosas del otro mundo. Pero el Municipio de Rizminghan, por ejemplo, cuando habrán pasado los setenta y cinco años, por los cuales dió en enfiteusis á los empresarios el terreno para la construcción, será el amo de todas las casas construídas con un rédito anual de 2,500.000 pesetas. Este es el primer paso por la vía que conducirá el Municipio á ser como el director de una gran empresa cooperativa, de la cual cada ciudadano será un accionista...

Un movimiento ligerísimo del hombro del caballero, me advirtió que había oído las últimas palabras, y una inclinación apenas visible de su cabeza me advirtió que continuaba escuchando.

El latonero, acariciándose la barba con la mano, negra de polvo, continuó hablando á media voz:

—Un gran número de ciudades inglesas habían convertido en servicios municipales, con plena satisfacción del vecindario, los de agua potable, gas alumbrado, recavando beneficios enormes y rebajando los precios. El Municipio de Glasgow había anunciado también la explotación de los tranvías, reduciendo el horario de los empleados, aumentando los salarios y estableciendo los trayectos de cinco céntimos por media milla, obteniendo ingresos muy superiores al cánon que le pagaban antes las sociedades particulares.

Toda la desaprobación que sean capaces de expresar la nuca y la espalda de un ciudadano, las vi retratadas en el aspecto posterior del caballero Bicchierino al oír aquellas palabras; el latonero continuó insistiendo en el ejemplo del Ayuntamiento de Glasgow, que desde hace algunos años ejerce con ventaja propia y del público otras funciones más privadas aún. ¿Por qué el Municipio no podría encargarse de hacer lavar toda la ropa blanca?

Este último golpe fué demasiado para el caballero, que se volvió, mostrando en los ojos desmesuradamente abiertos y en su boca asombrada, toda estupefacción que puede contener una alma humana. Dió una mirada al orador y otra á mí, que parecía aprobarle, y en aquella mirada leí mi sentencia. Un hombre que escuchaba aprobando las tales extravagancias y despropósitos, absurdos tan locamente ridículos, no podía ser sino un insensato merecedor de la compasión más profunda; bien se le podía perdonar que encontrase estrecha la calle de Garibaldi y que cortase el *Popolo* con los dedos. Y del modo cómo volvió el busto y tomó su primitiva postura, comprendí que no me quedaba ninguna esperanza, ninguna, de merecer estima.

\*

\* \*

Hice un trayecto desgraciado pocos días después: el 22, si no recuerdo mal.

Observaba en uno de los jardines del «Foro

Boario» á dos caballeros que mantenían una conversación animada, cuando aquel instinto misterioso que anuncia la presencia de un enemigo, me hizo volver el rostro hacia atrás, y reconocí los ojos malévolos de Guyot, el cual discutía en voz baja con un grueso señor, medio dormido, sentado á su derecha. Estaba seguro que me había odiado siempre; pero su mirada me hizo comprender que la escena de la *Lucha* y del *Grito* había envenenado terriblemente su odio y que guardaba en su pecho el propósito de una venganza.

—Ahora le toca á él—pensé,—vayamos con cuidado.

Esperé con el oído alerta.

Mi corazón no me había engañado. Apenas había pasado un minuto, cuando vi hablar de aquella manera especial y marcada, las sílabas que usan las gentes cuando quieren hacerse oír de alguien que no es su interlocutor. Tenía una voz extraña que parecía salirle de las narices con un soplo de jeringa vacía. El periódico que tenía en sus manos fué el Galeoto de su venganza.

—¿Ha visto?—preguntó á un vecino.—Han disuelto la Cámara de Trabajo, de Liorna.

Después de una pausa, añadió:

—Parece que Codronchi se decide á proceder con energía en Sicilia. Ha disuelto también la Federación socialista, de Corleone.

El señor adormilado contestaba con monosílabos de aprobación.

—Me parece que va á poner las cosas en regla. Ha hecho ya secuestrar el libro de Giruffrida...

—Escrito en la prisión.

—Garabateado en la prisión.

Creía que hubiese acabado, pero se veía que el hombre estaba bien provisto de materiales de gue-

rra. Hizo resaltar la «buena acogida» hecha á silbidos, que los operarios del horno de Abbi habían hecho á los diputados socialistas franceses.

—Ahora quedaré libre—pensé.

No, no tuvo compasión; dijo pestes contra la amnistía que se anunciaba en favor de los presos políticos. Afirmó que siguiendo tal sistema debería darse la libertad también á todos los facinerosos de Sicilia y Lurisjiana.

Me asaltó una tentación, y estuve á punto de ceder á ella. Quería preguntarle por qué no me decía asimismo que había sido asesinado el bandido Tiburzi en Orbetello. Pero no quise turbar su alegría. ¡Ah, la sentía! Debía sonreír infernalmente como Jacinta Pezzana en el «María Stuardo», cuando exclama:

«Ella si parte. Col pugnale nel cuore. Oh vindicata, ¡Io son! ¡Divina gioia!»

Sin embargo, no sentía sino una expresión de estupor:—que dos hombres viviendo á un tiempo y perteneciendo á una misma clase, pudiesen pensar y sentir tan opuestamente acerca de la más alta cuestión del tiempo presente, y de estar tan ciertos de sentir odio hacia una civilización y una raza que se empeñan en ir hacia adelante, y que no pueden realizar su aspiración gracias á los obstáculos que gente parecida á ellos ponen en su camino. Guyot no habló más; pensaba ciertamente que ya no tenía yo resuello en el cuerpo. Yo me hice el muerto para mantenerle su ilusión; pero la palabra *facinerosos*, dicha por él, despertó en mí una sospecha; aquella palabra, según recordaba bien, estaba estampada dos veces en la carta anónima que había recibido después del asesinato del Presidente Carnot. ¿Era suya aquella carta? En tanto que esclarecía aquella idea, bajó en la esquina de la calle del Arzobispado y se

alejó con paso de triunfador, sin dignarse dar una última mirada á lo que quedaba de mí en el tranvía. En toda su persona transparentaba la soberbia certeza de haberme anonadado.

\*  
\* \*

En la misma línea, partiendo de la barrera del Foro Boario, en la hora que se deja de paseo á los soldados, vi durante la tarde siguiente una escena nueva y bellísima: un coche lleno de artilleros, con una monja en medio, de las que están adscritas al servicio de la cárcel vecina; la cual parecía la imagen de Santa Bárbara, protectora del arma, escoltada por un grupo de sus guerreros que la condujeran en triunfo á Turín. Estaba en el freno el protegido de doña Quijotina. Apenas lo reconocí, fuí á sentarme al lado suyo, para ver si se hallaba embriagado. Me dió una ojeada, como si ya me conociera, y partió. Tenía el rostro encarnado y cejijunto, como de costumbre. En aquel momento estaban tendidas las cadenas, porque debía pasar el tren de Milán, y había que esperar algunos minutos. Apenas estuvo parado el tranvía, cuando saltó, y corriendo hacia una taberna cercana, pidió una «bala rasa».

El cobrador le gritó:

—¡Aquí está madama!

Al oír aquel grito, se paró, y volvióse mirando á todos lados.

El otro soltó una carcajada, y entonces él se encogió de hombros y bebió. Aquella *madama* no podía ser otra que doña Quijotina, conocida por sus colegas como protectora suya y adversaria decidida de los borrachos.

Comprendí, sin embargo, por el modo de pararse cuando sonó su nombre, que el pobre cochero podía aún salvarse, puesto que temía tanto las reconvenciones de aquella señora. Subió al tranvía enjugándose la boca con el dorso de la mano, y soltó por su boca toda la filosofía que había metido en su cuerpo aquella copa de veneno. Caían las hojas secas de los árboles en el paseo de Oporto: empezó á disertar sobre aquellas hojas, como si hablase á los caballos. Una, dos, tres, hasta ciento y hasta mil. Las fué contando hasta diez ó doce, y diciendo que eran las mensajeras del invierno. ¡Cuántas cosas le anunciaban aquellas hojas! Las largas eternas jornadas de lluvia y viento azotando su rostro, la nieve fina y helada, la noche, desde las cinco de la tarde, los trayectos interminables entre la nieve, interrumpidos por largas paradas, por descarrilamientos, por caídas de caballos, por fatigas de negro. De repente se volvió hacia mí, como hacia un conocido. ¿Cómo pasaría el invierno su pobre hija, con aquella voz maldita que le desgarraba el alma? Decíanle que el aire del mar la hubiese mejorado; pero no le decían el nombre de la fonda donde la mantendrían gratis. Con quien no tiene dinero, la muerte no hace cumplidos. Únicamente la gente rica puede decirle que se espere. Y después de estas palabras, me dijo que tenía una hija

única, la cual estaba enferma: no había mejorado después de cierta desgracia; pero no me dijo qué desgracia era aquélla.

Quando el tranvía estuvo á punto de atravesar el paseo Humberto, adquirió fijeza su mirada y su rostro se puso más ceñudo, sin que comprendiera yo la causa. No la comprendí sino cuando en el paseo de Oporto vi bandadas de chiquillos que salían de la escuela municipal de Monviso. Entonces principió para el pobre hombre una verdadera tortura. Los muchachos, corriendo y jugando, pasaban y repasaban á través de los carriles, á poca distancia de los caballos, como para burlarse del peligro, y el desdichado cochero, con el rostro trastornado, rogaba, amenazaba y juraba en vano, apretando fuertemente las riendas con las manos temblorosas y girando en torno suyo los ojos dilatados y temerosos, ante los cuales se alzaba la visión espantosa del niño arrojado y muerto. Y en el rostro y en todos los movimientos de su persona, mostraba un contraste violento y doloroso entre el deseo de salir pronto de aquel paso y la repugnancia y casi el temor de apretar la marcha de los caballos, como si además de los muchachos que corrían hubiese algún obstáculo en la vía que sólo él pudiera ver. Cuando finalmente llegó á la calle Veinte de Septiembre lanzó un largo suspiro y se enjugó el sudor que le corría por la frente.

Durante toda aquella calle no habló más. Me fijé cuando pasó por el punto donde había ocurrido la desgracia; pero no volvió la cabeza, y sostuvo la mirada hacia adelante, con la frente alta y con una atención tan sostenida, que se veía claramente que era forzada. Sólo cuando llegó al camino Margarita, volvió á mirar las hojas que caían y le vi hacer consideraciones sobre el invierno.

—Una, dos, tres, y poco á poco una después de otra, todas caerán; los árboles pierden el cabello, se siente ya el olor del día de los muertos. Este invierno será más triste que el verano. ¿Qué le parece? ¿Ha habido nunca un año más desdichado? Habrá ciertamente una gran mortalidad. Por lo que á mí hace... Irse, es ir ganando... ¡Pero ver cómo se marchan los otros!... ¡Oh, qué mundo tan horrible!

De repente, inclinándose hacia adelante como para echarse fuera del parapeto, clamó un ¡fue-  
ra! tan estridente, que me hizo pegar un salto.

Un muchacho descalzo había atravesado la vía, tocando casi el morro de los caballos con su cabeza.

—¡Ah, estos muchachos!—exclamó con voz en que casi se sentía el llanto,—¡estos muchachos me harán morir desesperado!

Y cuando paró el tranvía junto á la barraca Manuel Filiberto, tiró las riendas sobre la barrandilla de la plataforma con un movimiento desesperado.

\*  
\* \*

Aquellas últimas jornadas del mes fueron las más placenteras del año. Acostumbraba á salir yo de Porta Palazzo por donde pasan y de donde

arrancan ocho líneas que van directamente á los suburbios más lejanos. Mi línea preferida era la de Puente Isabel, la cual recorrí por última vez una de aquellas suaves y claras mañanas de fin de Octubre, en que se confunde la sonrisa de la estación que marcha, con la melancolía de la que viene, en tanto que parece sentirse por el aire vibrar un adiós prolongado. Atravesado el centro de la ciudad y recorrido un gran trecho de aquella interminable calle Cristina, cuyo fin casi no alcanza la mirada, se tuerce por el riente camino de Raffaello y desde allí se sale al campo libre, pasando por delante de los nuevos edificios universitarios, á los cuales los altísimos minerales dan el aspecto de un enorme palacio oriental. Aquí nada habla de lo pasado, todo es alegría y esperanza y parece que no se siente el rumor ni se respira el humo de la batalla de la vida. Se atraviesa una pequeña ciudad en pleno crecimiento, cuyas calles llevan nombres de poetas y de artistas, en que pocas casas rústicas resisten todavía el asalto de quintas y palacios, brillante vanguardia de la ciudad que avanza por todas partes. Se llega después al paseo Dante; de allí surge todavía otro suburbio pequeño que va hasta el paseo Galileo, última onda de Turín, á morir entre los campos. Se llega al cabo por el camino de Moncalieri á la falda de las colinas donde el tranvía se pára entre la soledad y el silencio.

Bajé allí para esperar que se volviera á partir admirando un panorama vasto y sereno. De una parte se ven las orillas serpenteantes y solitarias del Pó, estrechado y ensombrecido por los bosques, y la pirámide del Monviso en el horizonte, cubierta ya de nieve; de otra, se vé el agua brillante y amplia donde se refleja una aldea me-

*Carrozza di tutti.*—Tomo II—10

dioeval; más allá el rojo castillo del Valentino; la mole Antonelliana que se destaca sobre el azul del cielo; y á mi derecha la colina que empieza á subir y que ostenta la gran mancha de un pinar, á guisa de una cabeza gris con un mechón de pelo negro. Todo era terso y fresco, el aire embalsamado llevaba en sus alas los olores de una vegetación de otoño; parecía sentirse todavía el último estremecimiento de la primavera y el primer soplo del invierno.

Subió al tranvía una pareja de enamorados que se daban la mano. Volvían de un paseo romántico, con el rostro animado, excitado por la fresca y la caminata, y luminoso de amor. El cochero canturreaba mirando los Alpes. El gran silencio no era interrumpido sino por aquel hilo de voz y por los golpes que daban con sus palas las lavanderas del río, que no se veían... Era uno de aquellos momentos en que se acuerda uno sin querer de la vejez, y se entristece. Miraba los dos amantes y pensaba:

—Estos son el Abril, y yo... el mes corriente.

Veía más allá del puente la hostería del «Olimpo», solitaria y cerrada, que me recordaba alegres banquetes juveniles, amigos muy caros y ardientes, discusiones literarias. ¡Cuán lejanos me parecían las casas, los amigos y las ideas discutidas! y sin embargo, experimentaba un bienestar vago en el seno de aquella paz, como el sentimiento de una dulce resignación y el principio de un reposo infinito.

Sentí con disgusto el grito brusco del cobrador:

—¡En marcha!

Como si me hubiese dicho:

—¡Andando! Volvamos al estrépito de la ciudad y la pelea de la vida; volvamos á trabajar y á envejecer.

\*  
\* \*

Ocurrió una de aquellas escenas que no se olvidan, en la línea de la Crocetta, uno de aquellos encuentros inesperados que nos dejan estupefactos y pensativos como si tuviesen el significado recóndito de un aviso del destino.

Al torcer desde la plaza Carlo Felice á la calle Sacchi, subió al tranvía un revisor de unos cincuenta años, pequeño y regordete, con un enorme bigote rojo que le ocultaba media cara, y empezó á pedir los billetes pasando por el estribo. Por el cuidado con que se aferraba á los montantes y con que ponía el pie para no resbalar, pensé que era nuevo en el oficio, para el cual no se prestaba mucho su corpulencia. Cuando estuvo cerca de mí en la plataforma, le oí decir con voz fuerte al cobrador:

—Está en el número 136.

Aquella voz despertó un recuerdo en mi memoria, pero tan lejano y confuso, que desapareció en seguida, como la sombra de un pájaro que pasa. Estando vacío el último banco, el inspector se metió entre éste y el siguiente para tomar

los billetes de los pasajeros que estábamos de pie. Cuando estuvo delante de mí, me dijo llevándose una mano á la gorra:

—El billete, caballero...

Quedó con la boca abierta y la mano en el aire, mirándome el rostro. Nos miramos así unos segundos como con estupor, y luego, en el mismo momento, salió su nombre de mi boca y el mío de la suya. Un movimiento instintivo hizo que adelantara la cabeza, pero en seguida la echó atrás; pero yo avancé la mía y le besé en la mejilla; me devolvió el beso y quiso hablar, pero no pudo. Sonreímos ambos con el pecho un poco oprimido. Una oleada de recuerdos atravesó mi mente en un instante; la escuela de Módena, su casita de hierro en la esquina de la sala de la cuarta escuadra, una discusión acerca de la utilidad del orden disperso «bajo un árbol del jardín ducal, el capote gris claro que había traído del Colegio militar de Asti, y un breve encuentro que tuvimos en la calle de Piadena, durante la guerra del 66. Hacía treinta años que no nos habíamos visto y no había sabido ninguna noticia de él.

—¿Y bien? ¿Y bien?...

La conversación se interrumpió; había gente alrededor. Vi que le temblaban los labios; no se podía hablar. Me hizo una seña con la mano como para decirme:

—Más tarde.

Y siguió revisando los billetes.

Inspector, después de treinta años. ¡El! Por qué vicisitudes había pasado. Recordé su habilidad para hacer planos topográficos, su constante buen humor, la resignación de buen muchacho, de que daba constantes pruebas y que hizo que una vez fuera al calabozo sin quejarse, á pesar de que no había tomado parte en el escándalo por el que

se le castigaba. Luego, escudriñando en mi memoria, parecióme recordar que muchos años antes me habían dicho que había ido á América, donde hacía de maestro de escuela. Esperé con impaciencia que bajaran los pasajeros para interrogarle y para decirle la buena impresión que siempre había guardado de él. Pero de repente bajó. Desde la calle me hizo todavía un saludo sonriendo; pero con una ligera impresión de tristeza, luego volvió la espalda y caminó hacia el paseo.

Conservaba su mismo modo de andar, y el aspecto que tenía de joven no había desaparecido del todo con los años. Le seguí con la mirada mientras pude, con un sentimiento de estupor y de tristeza, pensando que, un día solo, un punto de mi vida, hubiese podido hacer que otro amigo mío, aquel mismo día, me encontrase en aquel tranvía, con aquella gorra galoneada en la cabeza, diciéndole:

—Caballero, el billete...

Desde aquel día no le he vuelto á ver más.



A esta aventura novelesca, procedió otra de escándalo, que quisiera no haber presenciado y que cuento, sin embargo, para no dejar de decir nada de cuanto puede suceder en el tranvía. Pero qui-

zás hubiera podido preveer una escena parecida, observando pocos minutos antes aquella jardinera, cuando subía la plaza del Estatuto. Parecía que toda era gente de paz. Había en el banco del fondo un concejal y un médico militar de uniforme; un poco más allá un general de brigada, retirado, que leía la *Gaceta de Turín*; dos profesores de la escuela Sclopis, señoras, señoritas, caras respetables de grandes contribuyentes y de empleados de cierta categoría. Reinaba entre aquella concurrencia una paz octaviana; el murmullo de las conversaciones lo ahogaba el ruido de la carrera de los caballos lanzados al galope; no había ningún indicio de lo que iba á ocurrir. De súbito oí el ruido de un bofetón y dos gritos furiosos:

— ¡Ladrón! ¡Canalla!

Y volviéndome, vi peleándose dos caballeros, sin sombrero, que con una mano se tenían agarrados por el cuello y con la otra se pegaban á más y mejor. Una señora gritaba, otras querían bajar, corrían los hombres por el estribo para separar á los contendientes, y de éstos no se veía más que dos cabezas rojas por la cólera y dos puños que se alzaban y bajaban. La lucha cesó de pronto; pero los dos enemigos no se estuvieron quietos, sino que continuaban cogidos por el cuello, y mirándose á los ojos, como para decir:

— Si no pegas, no te pego; pero si dás, te reviento.

Aquel grupo sobre aquel coche que corría, hacía un extraño efecto, como un cuadro plástico que obtara el premio sobre un carro de Carnaval.

Apenas había parado el cochero, cuando los dos campeones se aquietaron y volvieron á sentarse, acordándose súbitamente de que habían quedado sin sombrero. Entonces continuó la marcha.

Tampoco entonces pude verlos bien, porque los demás estaban en pie comentando lo ocurrido; no pude comprender á punto fijo de qué se trataba, porque cada cual contaba la cosa á su modo. Decían unos que la pelea había empezado porque uno de los adversarios echaba el humo de su cigarro al rostro de la mujer del otro; otros afirmaban que el pie de uno había tropezado por descuido con las piernas de la señora, y aseguraban los de más allá que no se trataba de un pie, sino de una mano investigadora. En lo que convenían todos era en que la bofetada marital la había impulsado un «¡torpe!» opuesto por el otro á una observación vivaz. Finalmente, cuando se aquietaron los ánimos y se sentaron todos, reconocí la triada por los rostros pálidos y convulsos; una bella mujercita con la nariz remangada, un marido con el rostro ceñudo y un rubio amojamado con el bigote subversivo á la última moda. Fué el cochero, un individuo que tenía la cara burlona, quien revolviendo en la boca una colilla, dedujo la moraleja del suceso:

— En vano—dijo entre dos bocanadas,—se dice bien educados, mal educados, señores y pobres, cuando hay de por medio una *hembra*, todos se arreglan del mismo modo...

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS  
MEXICO, D.F.  
Año 1922

Con esta aventura vulgar hubiese debido cerrar el mes de Octubre; si no me hubiera dado la ocurrencia de subir, la penúltima noche del mes,



en la jardinera de las afueras, en el cruce de los paseos Oddone y Margarita. Al subir vi un sombrero y una cabeza que no reconocí en los primeros momentos; pero luego, fijándome más, vi que pertenecía á un conocido mío, que tres años antes me había dado algunas indicaciones acerca del trabajo de los muchachos, cuando pensaba yo escribir una obra sobre las fatigas precoces de los niños. En el mismo instante vi al lado de aquél al mismo á quien un día di un caramelo, al obrero y á su mujer. Vi pasar por los ojos del marido, en el momento en que se fijó en los niños, el recuerdo de aquella escena. No era ya sino una sombra, pero todavía había rencor allí dentro, y al propio tiempo advertí una mal celosa impresión de estupor al ver que era conocido y que me saludaba tan amigablemente su compañero. Sentéme volviendo la espalda á él y á los otros tres, y sentí como una vaga expectación, pensando que la curiosidad haría que el obrero preguntase á su amigo quién era el desconocido á quien ofendió y que una sola palabra hubiese disipado aquella antipatía ciega, nacida, como tantas otras, no del resentimiento de una ofensa padecida, sino de la conciencia amarga y despechada.

Apenas estuve sentado, oí voces remisas, por lo cual comprendí que las cabezas se habían acercado, pero duraron pocos segundos y la brevedad del coloquio me hizo suponer que mi nombre, en caso de haber sido pronunciado, no le causó ninguna impresión. Durante unos momentos creí que hablaba sin mover los labios y yo le contesté de la misma manera:

—Mira cómo te has engañado.

»Fué un alfilerazo en el corazón el que tú me diste, pero no creas que lo he guardado. Lo com-

prendí. Estabas sin trabajo, abandonado, infeliz, estabas indignado contra la sociedad y te pareció una burla que ésta alargara un caramelo á tu hijo, mientras os negaba el pan á su madre y á ti. Piensa, pues, si te he comprendido.

Pensaba que quizá hubiera querido decirme alguna palabra que expresara su sentimiento, pero no comprendía de qué manera lo hubiese podido expresar, sin hacer violencia al propio orgullo, esa violencia que en propios casos no había podido hacer yo al mío. No hará ni dirá nada, pensaba, me saludará en el momento de bajar y nada más. Me quedaré contento. Con tal que haya cambiado de sentimientos, ¿qué importa que me lo diga con palabras? Me engañaba. En el momento en que llegamos á la calle de San Mauricio, oí de nuevo un rápido murmullo detrás de mí, luego un breve silencio, después algo así como mujeres que cambian de sitio, y en tanto que me preguntaba en qué pararía todo aquello, sentí primeramente su aliento junto al oído, luego una manecita sobre el hombro, después una boca infantil que me besó en la mejilla. Me alargaban el niño, que era el mensajero mudo, la prenda palpitante de la reconciliación. Podéis imaginaros cómo lo recibí.